

Institute for the New Chile

Así - 43

LA UNIDAD POPULAR Y LA DEMOCRACIA
C/ LA CRISTIANA 43

Licenciado Tarsoff

Wijnhaven 25.
2e verdieping.
3011 WH Rotterdam.
Phone: 010-122114.
The Netherlands.

LA UNIDAD POPULAR Y LA DEMOCRACIA CRISTIANA.

La historia de nuestras relaciones con la Democracia Cristiana entre 1970 y 1973 equivale a la historia de nuestras relaciones con las clases medias y sigue su evolución. Dada la estructura social de Chile, la mayoría necesaria como para impulsar un programa de avance al socialismo estaba en los sectores medios.

La Unidad Popular planteó equivocadamente el problema de las alianzas de clases, confundiendo a las organizaciones políticas con la representación social de la que estaban investidas. Sus planteamientos hacia los sectores medios se hacen en forma vertical de arriba hacia abajo y no al revés. Se piensa que las clases son representadas paradigmáticamente por superestructuras políticas y que para arrastrar a esos sectores, basta con atraer a esos partidos. Nunca se trata de penetrar orgánicamente en los sectores medios y atraerlos como grupo con intereses distintos a los obreros, sino que se buscan a partidos políticos para que asuman ideal y superestructuralmente esa representación.

Importantes sectores de la UP confunden como equivalentes una alianza con los sectores medios a un acuerdo con la dirección de la DC, lo cual en sí no es necesariamente correcto o incorrecto, siempre y cuando estuviera inmerso en una estrategia general de interpelación ideológica a los sectores medios, que considerara sus intereses específicos y que no existía. Lo correcto en este caso, no era sólo equiparar a la DC con los sectores medios, con lo cual se renunciaba anticipadamente a que la UP pudiese asumir también la representación de las capas medias, sino ofrecerles desde el punto de vista ideológico un gran proyecto histórico. Nunca

nos planteamos la tarea de compatibilizar las aspiraciones de los estratos más pobres de los sectores medios, en un discurso ideológico que adquiriera más el carácter de "pueblo" o sea la agrupación de clases oprimidas que de una clase en particular. Nunca nos ampliamos lo suficientemente en nuestro discurso ideológico como para dar la imagen de que buscábamos la imposición de una hegemonía y no la de una simple dominación.

Esta política produjo en importantes núcleos de las clases medias una visión en que la UP aparecía teniendo una actitud utilitaria, de instrumentalización de ellos. Altamirano lo expresa del siguiente modo: "En el trafo de este tipo de compromiso está implícito el siguiente razonamiento: Soy débil, necesito aliados, cuando sea fuerte arrasaré con ellos" (1). Actitud que evidentemente no correspondía a los propósitos de la UP, pero que sin embargo fue la imagen que se formaron sectores de las clases medias de sus intenciones gracias a la habilidad propagandística de la oposición y a las insuficiencias de la batalla ideológica de la UP. Y en política -sobre todo en situaciones prerrevolucionarias- las imágenes tienen tanta o más fuerza que los hechos.

Estos razonamientos también son aplicables a nuestra actitud táctica de impulsar divisiones en el interior de la DC, que aunque valiosas en cuanto a la honestidad y al nivel intelectual de sus actores, fueron siempre numéricamente minoritarias no restándole ningún sector social importante a la clientela electoral de la burguesía. Incluso mirando retrospectivamente desde el punto de vista de los intereses objetivos de la izquierda, mucho más valiosa hubiese sido su permanencia en la DC, librando una batalla interna para neutralizarla e intentar evitar su alianza con el PN. La salida de

estos sectores le despej6 el camino al freismo y al imperialismo para imponer un sistema de bipolarización en la política chilena, que en ningún caso era inevitable. Esta actitud por parte nuestra es una expresión de nuestra falta de comprensión del hecho de que los partidos políticos expresan a sectores sociales y que cuando las clases no se sienten identificadas por sus partidos tradicionales buscarán nuevas organizaciones que las representen fielmente. Creímos, en su oportunidad que esas divisiones en el seno de la DC marcaban el inicio de un proceso de atracción de sectores populares y sectores medios que pertenecían a la base de ese partido. Nos equivocamos. Nuestros problemas con los sectores medios no podían ser resueltos a través de alianzas superestructurales. Por el contrario, los sectores medios, buscaron en el fascismo una representación que ni siquiera, la DC les satisfacía. Por otro lado, el éxodo de demócratas cristianos hacia el MAPU y la IC fue poco significativo.

1.- El Gobierno de la UP y la DC.

Al comienzo del gobierno, la opción táctica adoptada por la comisión política de la UP y la actitud de Partidos como el PS, llevó a la Unidad Popular a no buscar un acuerdo orgánico con la DC, cuando ésta estaba aún controlada por el sector Tomic. La UP no ayudó al sector partidario de un diálogo con la izquierda a mantenerse en el control de la dirección de la DC. Al contrario atacó su ambivalencia. Cuando Allende intenta este acercamiento ya es tarde. El ala más reaccionaria controla firmemente el partido. Cuando la UP se da cuenta de este hecho busca un acuerdo con la dirección nacional de la DC. El resultado es negativo, ya que Frei es lo suficientemente fuerte como para oponerse a la dirección de su partido, cuando los

acuerdos estaban ya convenidos. En 1973, cuando Allende pide un diálogo para evitar el enfrentamiento, la DC está firmemente empujada en la roca de la solución militar, como lo ha reconocido Radomiro Tomić(2). Como única posibilidad de arreglo, exige la rendición. Ante la negativa de la DC, Allende hace un último intento declarando públicamente: "Por el interés superior de Chile, debemos continuar el diálogo. Lo invito formalmente para que prosigamos nuestras conversaciones"(3). No hubo respuesta de la DC.

Fue posible el acuerdo? Era una ilusión esa posibilidad ó por el contrario una actitud "principista" de la UP impidió la ampliación de la base social del gobierno? La respuesta pertenece al terreno de la especulación. Lo concreto es que cuando Allende buscó decididamente el acuerdo, la DC sabotó esas conversaciones al menos en tres oportunidades en 1972 y 1973. El PS siempre manifestó su oposición a la necesidad de esas conversaciones. Sin embargo, manifestó su desacuerdo siempre aceptó el criterio de la mayoría, marginándose de las conversaciones para no contribuir a su fracaso. No existió ningún acto del PS, así como de ningún otro partido de la UP, que obstaculizara el diálogo. Siempre quienes representaron a la UP en esas conversaciones fueron personas convencidas de la viabilidad de un acuerdo.

Que pasó?

Desde el momento que el objeto de la UP era una base social y no una superestructura política, la UP nunca entendió que la DC sólo sería receptiva a una alianza cuando su base social fuera receptiva al ideal socialista. Mientras lo contrario vino como anatema, la respuesta de la dirección no podía sino seguir siendo negativa.

La UP se equivocó al centrar el problema de sus relaciones con la DC en figuras: promoviendo los dirigentes progresistas e insultando a los reaccionarios. Nada de lo que se dijo de Frei es mentira. Por el contrario, no sólo todo ha sido confirmado posteriormente, sino que nos quedamos cortos en lo relacionado con su dependencia del Imperialismo. Sin embargo la forma en que emprendimos la campaña fue muy poco inteligente, y el lenguaje soez utilizado, absolutamente contraproducente. Como muchas de las pruebas que posteriormente fueron entregadas al congreso estadounidense no existían; la reacción que genera la campaña de la UP es contraria a la esperada: se produce un sentimiento de solidaridad con los dirigentes atacados. La prensa opositora planteó el problema ideológicamente y generó una fuerza abrumadora de apoyo a quienes eran atacados y como consecuencia se produjo el motejamiento de "tontos útiles" a quienes eran promovidos por la izquierda, contribuyendo a su aislamiento al interior de la DC.

Uno de los errores más graves de la UP fue el calificativo de "fascista" a dirigentes de la D.C., que por cierto no lo eran. La reiteración con que se utilizó ese apelativo generó la solidaridad hacia ese partido y también confundió a los vacilantes acerca de la verdadera naturaleza del fascismo.

En la dirección de la DC pese a que todos se cifieron disciplinadamente a una misma conducta política, resultaba muy clara la existencia de dos actitudes: una de oposición total al gobierno de la UP y otra dispuesta al diálogo. Entre los segundos R. Tomic declaró que: "si hubiera ganado tendría similares dificultades" (4). Bernardo Leighton afirmaba públicamente que: "Estamos totalmente en contra del derrocamiento de Allende" (5). Estos sectores aparecían en oposición al gobierno, a quienes acu-

ban de sectarismo, pero también expresaban una opinión divergente de la mayoría de su partido. Se mostraban reacios a un entendimiento absoluto con el FN, ya que temían que el proceso polarizador terminaría por destruir a la DC.

Renán Fuentealba era una expresión de estas contradicciones. Como presidente de la DC, hasta que fue reemplazado por Patricio Alwyn, mantuvo una actitud de oposición absoluta al gobierno, lo que le valió fuertes críticas por parte de la izquierda. Sin embargo, cuando abandonó la Presidencia de la DC, Fuentealba se convirtió en uno de los principales sustentadores del diálogo con el Gobierno para evitar la guerra civil o el golpe militar.

Esta actitud era el resultado de la naturaleza especial de la DC. Durante los 3 años, la ambigüedad de las posiciones divergentes de ambos sectores reflejaban el momento crítico que había vivido la DC. Por un lado proclamaban la defensa de la democracia, mientras daban respaldo político a quienes promovían la destrucción de la institucionalidad. Al mismo tiempo que sostenían la necesidad de salidas políticas, crearon de hecho una situación de crisis política que hizo imperiosa la presencia militar. Históricamente, terminaron cumpliendo el mismo rol de sus equivalentes en situaciones históricas semejantes: los monarquistas en la Italia de Mussolini; los partidarios de Hindenburg en la Alemania de Hitler; Kubischek en el Brasil de Goulart y los social-cristianos de Gil Robles en la España de Franco.

El problema de fondo era que la DC se había visto obligada a elegir entre alternativas que nunca le gustaron. E. Mounier, el conocido filósofo cristiano señalaba que los sectores centristas guiaban su acción política por la fórmula algebraica A+B. La DC se había desarrollado en Chile en un sistema po-

lítico que valoraba los compromisos. Sin embargo, en el curso de un proceso revolucionario, las fórmulas de centro habían perdido toda efectividad. La DC se encontraba en medio de dos contendores que le exigían su respaldo para la defensa del sistema capitalista o para la construcción de una nueva sociedad. En Agosto de 1973, la DC no tenía otra alternativa que el apoyo al derrocamiento del gobierno o el respaldo a ese gobierno constitucional. Pasada, fue la responsabilidad histórica que se echó sobre sus hombros con la decisión que adoptó.

La UP buscó en la DC el instrumento para superar el bloqueo parlamentario y evitar el desarrollo de una base de masas para el fascismo, ya que la DC cumplía el papel de un eje de cuya posición dependía que la correlación de fuerzas fuera favorable a uno u otro sector. Reproducía la DC características propias de los partidos populistas. Contradictorio y heterogéneo internamente. Una afirmación doctrinaria basada en la integración y no en la lucha entre las clases. Una definición que busca afirmar una identidad que trascienda a las clases. La DC siempre buscó plantear sus conflictos con la UP en el plano ideológico. Un partido que proclamaba representar valores y no intereses, se desorienta cuando la lucha de clases en Chile hace primar los segundos sobre los primeros.

La DC no era un partido preparado para alternativas de fuerza. Como partido pluriclasista encuentra dificultades enormes para sobrevivir en medio de un problema de polarización. Sus definiciones y sus movimientos encuentran presiones de clase, tanto a su derecha como a su izquierda. Sus sectores obreros no la siguen en el Paro de Octubre. Su endurecimiento en contra del gobierno no hace sino fortalecer al fascismo. Es esta polarización la que empuja a la DC a extremar su oposición. Demostraciones de debilidad pueden escribir su epitafio polí-

tico. Cuando en Agosto de 1973 presenta un proyecto de resolución a la Cámara de Diputados que acusa al gobierno de "ilegalidad", consciente de que producía un estímulo al golpismo, lo hace porque si no lo presenta, lo hará el PN en términos aún más absolutos. Es una competencia, en que se fortalecen quienes aparecen en la oposición más extrema.

Podría la UP establecer un acuerdo real con una DC que actuaba sobre estas bases? Tanto la UP como la burguesía, buscaban utilizar las contradicciones de la DC para atraerlos a sus respectivos programas. Los portavoces de la DC cambiaban de acuerdo a las circunstancias. La mayor parte de las veces eran Frei, Carmona, Alwyn y otros de los partidarios de acuerdo con el PN, quienes hablaban a nombre del partido. En pocas ocasiones eran Tomic o Leighton, quienes educían la necesidad de dialogar con el gobierno. A diferencia del PN, que no tenía diferencias internas, la DC se veía vacilar entre los partidarios de la subversión y los partidarios de las elecciones.

La DC y su ideología buscaban sobrevivir en un ambiente polarizado en que socialismo y fascismo se presentaban crecientemente como la alternativa. Mientras la DC se opuso indirectamente y no directamente en un período que abarca hasta fines de 1971, el proceso revolucionario no pudo ser obstruido. Sin embargo, la UP no podía encontrar en la DC sino posibilidades de acuerdo secundarias. Un acuerdo en torno a un programa hubiese significado transformar la revolución en reforma, ya que la esencia de la DC no ha sido nunca socialista.

La actitud política de la izquierda frente a la DC había sido definida en cierto modo con la expresión "Con Tomic ni a misa", en respuesta a la "Unidad

de todo el pueblo" de la que aquel gustaba de hablar. Detrás de la actitud de la izquierda estaba el hecho, de que aunque la DC se definiera simultáneamente como anti-liberal y anti-marxista, cada vez, que en su historia se vio obligada a elegir, siempre optó por la derecha. Desde que nació a la vida política como Falange Nacional apoyando a la candidatura conservadora en contra del Frente Popular hasta el día de hoy, siempre se ha presentado como una alternativa a la izquierda. Nunca ha aceptado una alianza ni con el conjunto de la izquierda ni individualmente con ningún partido marxista. Siempre ha visto en la izquierda un adversario, jamás un aliado.

Las acciones y omisiones de la DC resultaron decisivas para explicar la caída de Allende, el desarrollo del fascismo como movimiento de masas y la destrucción de la democracia liberal.

Quienes apoyaban el diálogo dentro de la DC, acusaron a la UP de sectarismo e incomprensión. Es cierto? Si, pero sólo hasta cierto punto como lo ha reconocido Altamirano en forma auto-crítica: "Por cierto que la acusación sobre sectarismo es valedera. Constituyeron errores serios en nuestra conducta, sobre todo en las relaciones con la base democrata-cristiana. La UP no fue capaz de superar la actitud -habitual en Chile- de todos los movimientos triunfantes, en orden, a distribuir los cargos públicos como si fueran "botín de guerra". No articuló una política de acercamiento y convergencia en el seno de las masas. No siendo éste sectarismo lo que determinó la actitud del PDC frente al Gobierno Popular, indudablemente le dio al quehacer reaccionario de su dirección, una justificación política y moral ante sus sectores obreros, campesino, pequeño-burgueses y sub-proletarios" (6).

Siendo esto verdad, el problema de fondo radicó en que la actitud con que la UP y la DC enfrentaron sus

conversaciones fue distinto. Cuando la DC dialogó con la UP nunca buscó un compromiso. Presentó un Ultimatum que es distinto. La DC buscó la modificación del programa revolucionario. Cuando no lo logró apoyó la solución armada. A Allende nunca le presentó otra alternativa que la renuncia. A pesar que siempre conversó, jamás dialogó.

2.- La coyuntura abierta por el régimen militar.

R. Fuentealba había acuñado, la expresión "No al golpe blanco" (7), para distinguirlo de otro golpe, el golpe fascista. Había agregado: "La DC, estoy cierto, que en una eventualidad de esa naturaleza estaría categóricamente en contra de un Golpe de Estado y en consecuencia, en contra del gobierno que pudiera surgir de este Golpe de Estado".(8)

Mal conocía Fuentealba a su Partido. Frei jugó a la posibilidad de un golpe tradicional, en el que las FF.AA. reprimirían y pondrían en la ilegalidad a las fuerzas de izquierda y convocaría rápidamente a elecciones en las que él sería el único candidato. Trágica equivocación. El 13 de Septiembre de 1973, la DC se refería al Golpe, diciendo que: "Las FF.AA. no buscaron el poder y que sus propósitos de restablecimiento de la normalidad institucional y de la paz y unidad de todos los chilenos, interpretan el sentimiento y merecen la patriótica cooperación de todos los sectores"(9). Eduardo Frei, le escribió a Mariano Rumor en Noviembre de 1973, señalándole: " (es necesario) que el gobierno actual tenga éxito. Las FF.AA. estamos convencidos- no actuaron por ambición, más aún, se resistieron largamente a hacerlo. Su fracaso sería ahora el fracaso del país".

Aquellos dirigentes que encabezados por Leighton tuvieron la honrosa actitud de expresar su oposición total al golpe en una declaración pública, sólo ex-

presaban una actitud minoritaria. Posición que era aún más minoritaria en Abril de 1975 cuando Patrio Alwyn realizó una encuesta entre dirigentes nacionales y provinciales de la DC acerca de la actitud a seguir frente a la dictadura militar. Sólo un 3,03% patrocinaban un frente amplio con la izquierda.

Esa era la situación en 1975. Se dice que las continuas acciones de represión de la Junta contra la DC han producido una nueva coyuntura y ello es cierto. El problema está dado por la forma como interpretamos las modalidades que asume la acción del régimen fascista.

Generalmente se tratan como equivalentes dos líneas de acción que no son de modo alguno idénticas. Una se refiere a un eventual acuerdo político entre la dirección de la DC y la dirección de la UP y otra al problema de las bases sociales de ambas fuerzas. En la primera línea hay un acuerdo entre direcciones, que de arriba hacia abajo produce acciones unitarias; en la segunda el camino es inverso. En la segunda los eventuales acuerdos son consecuencia y no causa de un proceso de unidad social y de convergencia en la base.

Por lo menos en las declaraciones públicas de los más caracterizados personeros de la izquierda chilena, la estrategia nuestra se centraría en la búsqueda de un acuerdo político con la dirección de la DC, que algunos llegan a concebirlo como de largo alcance. Como la primera etapa de un "compromiso histórico".

En torno a este problema de una alianza con la DC se han enfrentado dos proposiciones que aparentemente son antagónicas: por un lado se nos dice que para confirmar nuestras credenciales democráticas es

imprescindible un acuerdo con la DC; por el otro se nos informa acerca del carácter absolutamente reaccionario de la DC y que es imposible establecer un acuerdo con un sector democrático de la burguesía ya que en Chile no existiría nada como una burguesía nacional. Afirmativa o negativamente en ambas perspectivas se comete el mismo error: reducir el problema de la lucha democrática a un eventual acuerdo con la dirección de la DC. Para quienes proponen o para quienes rechazaban esta posibilidad, la DC sigue siendo el término común de la discusión. Por ninguna parte, aparece, una caracterización de la democracia como valor y como interpelación ideológica, basada en las propias fuerzas de la izquierda, que la postulan como elemento fundamental de la imposición de la hegemonía de la clase obrera al interior de la formación social chilena.

Línea por línea, hemos contemplado en el curso de los últimos cinco años, como se reproducen las dolorosas discusiones que tanto contribuyeron a resquebrajar la unidad de los sectores populares entre 1970 y 1975. A primera vista, pareciera que nada o muy poco se hubiera aprendido. La afirmación de Hegel de "que la historia sólo nos enseña, que nada podemos aprender de ella", pareciera haber sido escrita dirigida a nosotros.

Como no ha existido un esfuerzo real de autocrítica en el seno de la izquierda, nos vemos abocados a discutir en una forma que debiera haber sido superada. Las afirmaciones de que la Junta ha creado una nueva realidad, parecen tener una existencia sólo discursiva. Existe una inhabilidad para aprehender y por lo tanto conocer y definir esta nueva coyuntura. La izquierda chilena sigue amarrada a viejas esquemas. De ninguna parte parece surgir la proposición de nuevas fórmulas que recojan los profundos cambios introducidos por el fascismo, que aunque no

nos guste reconocerlo, es necesario convencerse que no es un simple paréntesis. Algunos de nuestros compañeros, incluso nos plantean alegremente la posibilidad de volver al Chile de 1970 o al de 1973 (dependiendo del optimismo de nuestro interlocutor) y la realidad no es nunca tan mecánica. Desafortunadamente, siempre es más compleja.

En un eventual acuerdo con la dirección de la DC, no pueden existir entre revolucionarios, aprobaciones o rechazos "de principio". La pregunta que debemos plantearnos es: Es conveniente un acuerdo público entre las direcciones de la UP y de la DC? La respuesta no puede ser sino negativa.

Un acuerdo de este tipo le significaría a la DC, perder su relativa libertad de acción. Marcaría la diferencia entre estar "en receso" y "fuera de la ley". Sus dirigentes ya no serían más relegados, sino que desaparecería. Zaldívar no podría escribir más en Ercilla, ni Frei podría dar más conferencias de prensa. Sus dirigentes sindicales no podrían trabajar tan abiertamente como lo han venido haciendo en el último tiempo. Y un descenso de la oposición al régimen, no puede sino perjudicar a la izquierda.

Por nuestra parte, el problema de los vínculos con la DC nos divide tan profundamente como en el pasado. Ni nosotros ni la DC, hemos extraído todavía suficientes lecciones de la experiencia fascista. La izquierda chilena ha sido sólo fuerte cuando ha estado unida y el problema de la DC, debilita esa unidad. Y para negociar se necesita estar en posiciones de relativa fuerza! Fuerza, que para nosotros sólo proviene de nuestra unidad.

Aparentemente, además de estas consideraciones parece que no tenemos un interlocutor válido. Algunos nos dicen que no importa, que es deber de las fuer-

zas revolucionarias crear un conjunto de condiciones que le impongan a la dirección de la DC un proceso unitario. Lo concreto es que no existe una declaración oficial de la DC en que diga que quiere un pacto con la izquierda chilena, por lo menos en las presentes condiciones. Mirado desde su punto de vista, es claro que ellos ven que desde un punto de vista práctico, un pacto les reduciría enormemente su margen de actividad dentro de Chile. Al mismo tiempo, una lectura de sus documentos, nos muestra que ellos señalan que no existe nada como "la izquierda unida". Parecen preguntarse Con qué izquierda se discute el compromiso? Observan distintas rutas y diferentes estrategias, Una realidad que por cierto no existe.

Han manifestado por otra parte que un posible compromiso pasa por la liquidación de la UP, ya que ello pertenecería al pasado, a la prehistoria de la política chilena. Buscan un acuerdo sólo con ciertos partidos? Si es así, Cuáles? Apoya la DC la estrategia de constituir un frente amplio con la integración de lo que Frei ("El Mandato de la Historia y las Exigencias del Porvenir") califica como sectores moderados de la UP, la DC y la derecha democrática? Estos son problemas que nos debemos plantear y discutir acerca de ellos. Estamos dispuestos a pagar el precio de la liquidación de la UP o todavía mantenemos que es una conquista histórica y no un producto artificial de los trabajadores chilenos?

La DC no parece vernos ni como un negociante serio ni como una alternativa con suficiente fuerza real a la Junta. Y en esas condiciones es muy difícil una negociación fructífera. Parecieran estar convencidos de que el contexto internacional (actitud de EE. UU.) y una modificación en la correlación de fuerzas al interior de las FF.AA. los llevarán al poder nuevamente. Las masas no aparecen en esta estrate-

gia y nosotros somos vistos, como un simple soporte pasivo, que producido el hecho consumado no tiene otra alternativa ante sí que apoyar activa o tácitamente la solución. Una izquierda que siempre podría ser mantenida en los marcos de una oposición discreta y limitada, bajo la amenaza permanente de que una movilización demasiado activa, sacaría nuevamente a las FF.AA. de sus cuarteles.

Por cierto, que no toda la DC ni todos sus dirigentes comparten esta perspectiva. Hay muchos que tienen el propósito de buscar un entendimiento leal y sincero con la izquierda que respete su concepción del mundo y de la lucha social. Pero, sería necesario que abandonáramos algunas ilusiones. En las presentes circunstancias, un acuerdo con la DC pasa por un acuerdo con Frei. Nunca su control sobre el Partido ha sido más absoluto que en estos años. Un acuerdo con la DC pasa por un acuerdo con Frei. Es necesario constatar este hecho y convencerse de esta realidad. Un acuerdo de este tipo se transformaría en un permanente factor de irritación debido a sus vinculaciones con el Imperialismo .

Esta es una posible línea de acción. Hay una segunda donde la situación es totalmente diferente. Se está produciendo en Chile un proceso de convergencia y unidad en la bases como no había existido nunca antes en su historia, del cual, la acción de la Iglesia es tan sólo una de las múltiples expresiones. Hay un movimiento unitario de magnitudes gigantescas el cual no es apreciado en toda su magnitud, profundidad y riqueza en el exilio.

Se están produciendo condiciones originales y novedosas para lo que siempre buscamos: la unidad social y política de todo el pueblo. Es un proceso que rompe y escapa a los tradicionales marcos partidarios. El problema está dado en; Como la izquierda utiliza

esta nueva coyuntura?

El aprovechamiento de esta coyuntura, no pasa por un acuerdo público y superestructural con la DC, y sí pasa por la constatación de algunos elementos. Es falso decir que la actitud de la base DC, frente al gobierno de la UP, correspondió a una "manipulación" de ésta por parte de sus dirigentes. La verdad de fondo estriba en el hecho de que quienes se opusieron con tanta decisión (a pesar de que en ningún caso nuestro programa afectaba sus intereses) contribuyeron en forma importante a empujar a sus dirigentes a las posiciones que finalmente adoptaron. La base DC se derechizó, un hecho, en el que una cuota de responsabilidad corresponde a nuestros propios errores. Como nuestra relación no tenía porqué haber sido antagónica y contradictoria, la explicación debe ser encontrada en la región de lo ideológico. Es probable que si no revisamos nuestro discurso ideológico, un acuerdo no haría nada por modificar esos temores y malinterpretaciones hacia nosotros.

Ahora, con la Junta en el poder es imprescindible convencernos de que no existe ninguna línea horizontal entre el Fascismo y el Socialismo. No necesariamente el descontento y la insatisfacción con el régimen militar, encontrarán su expresión en masas moviéndose hacia la revolución proletaria. Por lo demás nunca ha ocurrido así.

A lo mejor quienes nos temieron y nos combatieron con mística y fervor, volverían a hacerlo nuevamente. Aquel pequeño-comerciante que se siente afectado por la política pro-capital monopolístico del régimen fascista, sigue igualmente adverso a la UP y no sería raro que nos culpara doblemente: por lo que hicimos y por el hecho de haber servido de pretexto para la llegada de las FF.AA. al poder.

Sólo lograremos movilizar a esos sectores y sólo seremos capaces de transformarnos en la vanguardia de la lucha anti-fascista en la medida que identifiquemos correctamente cual es la aspiración popular más querida por el pueblo chileno. Sólo seremos capaces de integrarnos a la dirección de este movimiento unitario, en la medida que comprendamos que la aspiración popular más deseada hoy por el pueblo chileno es la Democracia. El futuro de este profundo movimiento de unidad que se desarrolla en la base y por lo tanto el carácter (de integración o de conflicto) de nuestra relación con la base social popular de la DC, está relacionada directamente con nuestra capacidad para fusionar en un solo programa objetivos democráticos, socialistas, tradiciones nacionales y consignas populares. Ello pasa, por revisar el lugar que ocupa la democracia en nuestro discurso ideológico.

Para conducir este movimiento unitario un pacto superestructural con la DC parece no ser el instrumento más adecuado. No nos conviene ni a ellos ni a nosotros. Sí podría darle un pretexto a Pinochet, para mejorar su posición en el interior de las FF.AA. Nuestro objetivo de fondo debería concentrarse en este proceso de convergencia en la base social. Nuestra capacidad de dirección de este movimiento descansa en el readecuamiento de nuestras interpelaciones ideológicas.

Es imprescindible convencernos del hecho y postularlo como valor, de que la Democracia en Chile es una conquista popular. Es necesario adecuar nuestras palabras a las acciones que hemos realizado a través de toda nuestra historia. Siempre hemos intentado desarrollar la más profunda democratización de la sociedad chilena. No siempre lo hemos dicho así y por lo tanto no siempre se nos ha creído.

Es necesario abandonar la falsificación histórica de concebir a la democracia como valor burgués. Lo que hoy conocemos como democracia "burguesa" es en realidad un producto de las luchas de la clase obrera europea. El mayor logro histórico de la II Internacional fue precisamente la producción de este tipo de régimen político. Siempre, tanto en Europa como en Chile, las conquistas democráticas, sean el sufragio universal o la universalidad de la educación, fueron resentidas por las clases dominantes y sólo fueron impuestas al costo de tremendas luchas. Puede alguien olvidar que hace sólo poco más de 20 años, con su discriminación racial en 16 estados a los negros ni siquiera EE.UU. se calificaba para decir que practicaba el sufragio universal? Fueron numerosas luchas, movilizaciones y mártires para modificar esa situación.

Basta recorrer la historia de nuestro país para ver que lo mismo es aplicable. Es un producto de nuestras luchas, principalmente de la clase obrera. En esta coyuntura histórica democracia y socialismo van íntimamente ligados.

3.- Símbolos democráticos y avance hacia el socialismo.

En Chile se vive una crisis orgánica y de hegemonía. La dictadura no la ha resuelto, sólo la ha prolongado. Para resolver esta crisis en su favor, la clase obrera debe darse cuenta que esta crisis, es también una crisis ideológica. Hoy como ayer, los sectores medios siguen siendo un campo de lucha de los contendores fundamentales, proletariado y burguesía. La lucha entre fuerzas sociales opuestas, cada una con su particular proyecto histórico, pesa en el período anterior a la toma del poder, a través de la acumulación de fuerzas. Ello significa convencer ideológicamente a las clases intermedias acerca de

las ventajas del proyecto propio (capitalismo/socialismo). Sólo esta internalización hace posible una efectiva alianza social. Cuando esta lucha se plantea a nivel de pueblo, presentándose como una lucha entre el bloque de dominación y los sectores dominados, el campo de lucha toma la forma de interpelación popular y democrática.

Debido a su separación de los medios básicos de producción, los sectores medios tienden a resolver sus crisis predominantemente al nivel ideológico. La tarea para la izquierda chilena de interpelar a estos sectores a través de una estrategia sigue pendiente. La clase obrera debe plantear su lucha más y más en términos de una lucha por la hegemonía política e ideológica sobre los sectores medios y ello pasa por el desarrollo de una nueva práctica ideológica que elimine el reduccionismo y evite al mismo tiempo caer en el sectarismo y el oportunismo. Ello pasa por desarrollar una teoría de la especificidad de las interpelaciones populares y democráticas que sea capaz de arrebatárselas al imperialismo y a la burguesía y permita su integración a un discurso socialista. En el fondo se trata de evitar que sigamos siendo neutralizados en ese campo, y que nos permita ligar el discurso popular al socialismo, para así poder desarrollar a su más alto nivel el potencial revolucionario de la clase obrera.

El concepto de lucha de clases puede entenderse en un nivel doble: como localizado en el nivel de Modo de Producción y como localizado en el conjunto de relaciones de una formación socio-económica. El primer campo de antagonismo (Modo de Producción) constituye el campo de la lucha de clases como tal y el segundo el campo de la lucha popular y democrática (10). En el primer campo, los agentes sociales son interpelados como clase, y las contradicciones entre dos fundamentales y opuestas clases sociales que son encon-

tradas en ese Modo de Producción, son dominantes (con tradición entre burguesía y proletariado). En el segundo campo, como no encontramos tan sólo dos clases, los agentes sociales son interpelados como pueblo. Al nivel de la formación social y económica, la contradicción entre pueblo y bloque de poder es dominante. (porque existen otras clases como campesinado, pequeña burguesía, etc.). En ese sentido la clase obrera es una clase, pero al mismo tiempo es parte del pueblo. Al ser parte del pueblo influencia a éste, como a su vez el pueblo influencia a la clase obrera, al compartir elementos culturales y condiciones de vida similares con otras clases explotadas. Por consiguiente, siendo las relaciones de producción determinantes en la última instancia (el proletariado es definido como tal por una relación objetiva con los medios de producción), la interpelación popular y democrática es el nivel de la lucha ideológica entre clases antagónicas.

Según Laclau, esta interpelación puede ser integrada a cualquier discurso ideológico de clases opuestas y puede ser incorporada a discursos políticos diferentes. En ese sentido, elementos ideológicos pueden ser utilizados para distintos fines por distintas clases sociales: la pertenencia de clase de los elementos ideológicos es definida por su articulación concreta a un discurso de la lucha de clases. Para comprobarlo, sólo tenemos que pensar en "elementos" como el nacionalismo, que en un contexto distinto puede jugar un rol revolucionario (movimientos de liberación nacional) o reaccionario (fascismo). Es también el caso del liberalismo competitivo, que no fue utilizado por burguesías nacientes, sino por oligarquías agrarias en el caso de Chile en el siglo pasado. Este problema de la no siempre precisa ubicación de clase de elementos ideológicos aislados, se muestra también en el caso del Chile de hoy, en donde elementos religiosos/integristas propios de las clases

feudales están siendo utilizados para imponer un proyecto de modernización capitalista.

Como estas interpelaciones pueden ser integradas a discursos ideológicos de clases opuestas, en el caso de la pequeña burguesía, su característica es que para ellos, ideológicamente, su identidad como "pueblo" es más importante que su identidad como clase. Como las diferentes "clases medias" tienen en común en su separación de los medios básicos de producción, sus contradicciones con las clases fundamentales (burguesía y proletariado) no serán establecidas predominantemente al nivel de las relaciones dominantes de producción, sino al nivel de las relaciones políticas e ideológicas. Así, ellas son el campo privilegiado de la lucha democrática y popular y por intermedio de éste, de la lucha política entre clases antagónicas.

Así como por pueblo entendemos todos los sectores sociales cuyos diversos intereses están en contradicción con el Bloque en el Poder (bloque dominante), dentro de este bloque dominante es una simplificación hablar de una sola clase dominante. Por ejemplo, en el caso de Chile, no se puede colocar en el mismo nivel a la burguesía pequeña, mediana y monopólica, ya que el actual régimen implica una reorganización del bloque en el poder, en condiciones de hegemonía absoluta del capital monopólico, el que le impone su dominación no sólo a la clase obrera y al campesinado, sino también a sectores medios.

El pueblo no es un elemento residual metido de contrabando en la ideología marxista, sino una determinación objetiva: Uno de los polos de la contradicción dominante en una formación social. Su entendimiento dependerá del conjunto de relaciones políticas e ideológicas y no tan sólo de las relaciones de producción.

El hecho de que cada contradicción es sobredetermina

da por la lucha de clases significa que la lucha de clases al nivel ideológico será expresada por la articulación de interpelaciones populares y democráticas al discurso ideológico de clases antagónicas como parte de sus esfuerzos por hacer crecer su base de apoyo social. De esta manera, las interpelaciones democráticas no aparecen siempre definidas por una determinación de clase (esta determinación es sólo el resultado de una articulación con una práctica concreta de la lucha de clases), sino que son el campo privilegiado de la lucha ideológica entre clases. Cada clase fundamental tratará de presentar sus intereses de clase, como la culminación de intereses populares. De esa forma, este tipo de interpelaciones son integradas a un discurso ideológico de clase.

Estas interpelaciones democráticas serán más importantes que las determinaciones de clase en la definición de la estructura ideológica global de las clases medias (debido a su separación de los medios fundamentales de producción; al hecho de que sus contradicciones se establecen principalmente al nivel de las relaciones políticas e ideológicas; y porque para ellas (no hay que olvidar que éste es un problema ideológico) su identidad como pueblo es más importante que su identidad como clase). Como la lucha democrática está sobredeterminada por la lucha de clases, la ideología democrática de los sectores medios es incapaz de producir su propio discurso y éste sólo tendrá existencia articulado al discurso ideológico de la burguesía o al proletariado. La lucha por articular la ideología democrática a los discursos ideológicos de clase, es la lucha ideológica principal en formaciones socio-económicas capitalistas.

No toda interpelación es una interpelación popular-democrática, ya que o sino sería sólo una categoría omnipresente. Para hablar de una interpelación popular-democrática, el sujeto interpelado como "pue-

blo" lo deberá ser en términos de una relación antagónica con el bloque en el poder. Al mismo tiempo a la democracia no la debemos entender como sinónimo de liberalismo o parlamentarismo. Con frecuencia en el tercer mundo, los procesos de descolonización condujeron a gobiernos militares progresistas, en los que las ideologías populares y democráticas se han expresado con un contenido nacionalista anti-liberal, anti-imperialista y no-parlamentario.

Para Laclau, la democracia es algo mucho más amplio que igualdad ante la ley o elecciones. Es necesario entender a la democracia como una serie de símbolos, valores (es decir interpelaciones), en virtud de los cuales, el pueblo se hace consciente de su identidad y su poder a través de su enfrentamiento con el bloque en el poder. La concepción de democracia que planteamos es distinta a la concepción liberal, en la que el sujeto es reducido a una condición abstracta, la del "ciudadano", en un sistema de derechos permanentes formales que enmascara la explotación. La democracia real sólo será completada con la eliminación de la explotación.

En este sentido, las épocas de mayor ofensiva revolucionaria son aquellas en que objetivos populares y socialistas han estado unidos, en que el anti-capitalismo es presentado como la culminación de todo el avance democrático de un pueblo, y no por las épocas de mayor "pureza" sectaria.

Muchas veces dos tesis en apariencia antagónicas se han enfrentado: una que señalaba la prioridad de la lucha democrática y que mecánicamente deducía el carácter progresista de un sector de la burguesía; y una segunda señalaba el carácter absolutamente reaccionario de todos los sectores de la burguesía y que concluía en el carácter obsoleto de la lucha democrática y la necesidad de limitarse a una lucha de cla-

se con perspectiva sectaria. Ambas tesis, comparten sin embargo un error reduccionista: el de considerar que la ideología democrática no puede ser sino ideología burguesa. Quizás ése haya sido uno de los éxitos fundamentales de la burguesía y el imperialismo en la imposición de su hegemonía ideológica y nosotros hemos pisado el palito, sin darnos cuenta del aspecto movilizador de esta interpelación. La historia es sin embargo muy distinta a esta falsificación, ya que no hay una conquista democrática en la forma como nosotros la entendemos: sufragio universal; educación primaria obligatoria, leyes sociales, etc., que no haya costado sangre obrera y que no haya sido una conquista esforzada y generosa de sectores populares. Le hemos regalado al imperalismo y a la burguesía, una conquista popular, y le hemos ayudado inconscientemente a solidificar su dominación ideológica al compartir la tesis de que estas conquistas populares (incluyendo a la clase obrera han sido un logro burgués.

Si por el contrario estas falsificaciones son abandonadas y desplazamos el nivel de la confrontación, la lucha ideológica fundamental de la izquierda y de la clase obrera consistiría en unir la ideología popular y democrática a su discurso, evitando el sectarismo y el oportunismo. Un balance que es por cierto difícil de lograr. En esta articulación entre interpelaciones democráticas y el socialismo, recae la lucha de la clase obrera por establecer su hegemonía sobre los otros sectores populares.

4.- Algunos Ejemplos.

Una revisión de todas las revoluciones triunfantes en la historia de nuestro siglo mostrará que en todos los casos el paso del proceso revolucionario a la revolución triunfante ha sido la consecuencia de una compleja red de circunstancias que han variado de

país a país, pero con algunos elementos que han estado siempre presentes, como ser la relación factores objetivos/factores subjetivos; la existencia de una conducción revolucionaria que provoque el paso de una situación revolucionaria a revolución consumada, es decir una vanguardia política que articule formas legales e ilegales, formas pacíficas y armadas de lucha y la presencia activa del internacionalismo. Si en estos dos elementos existe prácticamente unanimidad, existe un tercer elemento que ha estado también presente y que no ha sido siempre adecuadamente visto: la interpelación popular y democrática.

Si ha estado ciertamente presente a nivel empírico, a nivel de la práctica política diaria, en todas esas circunstancias, no se ha hecho suficientemente conciencia acerca de su existencia. Es decir, no ha habido una elaboración teórica correspondiente.

Nuestra tesis ya avanzada, es que los períodos de mayor ofensiva revolucionaria corresponden a aquellos en que se han fusionado en un solo discurso ideológico y en una sola práctica política objetivos populares y socialistas. Es decir, aquellos en que las fuerzas de la revolución han agrupado alrededor de sus posiciones a todas las capas subordinadas y explotadas, entregándole a todo un pueblo una sola voz a través de interpelaciones y consignas que se transforman en dominantes, presentando la contradicción pueblo/bloque dominante como la determinante. Es decir, las fuerzas revolucionarias han sido en el período (incluso antes de consumir la toma del poder) ideológicamente hegemónicas. Han sido capaces de articular alrededor de una sola interpelación dominante, todos los objetivos más queridos por un pueblo, fusionando en un solo discurso intereses dispares (aunque no contradictorios ni antagónicos) de clases distintas, integrándolos a una práctica socialista. A la inversa, aquellos períodos en que se ha privile-

giado la "pureza" del discurso ideológico han correspondido a períodos de aislamiento de las masas de las fuerzas revolucionarias, aislamiento que ha conducido a formas de impotencia en la atracción a las posiciones socialistas de otras capas explotadas y a la imposibilidad de disociar sus intereses objetivos del discurso dominante burgués. Si creemos que la revolución es un fenómeno de masas y que son éstas las que hacen la historia, ello pasa -si queremos ser una vanguardia- por tener presente diversos intereses y el problema objetivo de la diversa influencia a la que son sometidos diversos sectores sociales.

Algunos ejemplos ayudarán a clarificar nuestra posición. Tomemos el caso de China. Mao presentó siempre a la revolución china como "la consumación de los objetivos todavía no cumplidos por el pueblo chino". Entendía por ello en primer lugar, la unificación nacional, que desde la revolución nacionalista de Sun Yat-Sen, era el objetivo popular más deseado por el pueblo chino. De esa manera fue capaz de disociar del discurso burgués y de la práctica política de las fuerzas pro-imperialistas de Chiang-Kai-Sek, un elemento que hasta entonces el dogmatismo y el reduccionismo al interior del marxismo-leninismo, habían considerado propio de la burguesía en su época ascendente: la unificación nacional y la construcción del Estado-nación. Es decir, las fuerzas revolucionarias durante mucho tiempo regalaron todo un campo de la burguesía, otorgándole una rígida pertenencia de clase y aceptando como propio del discurso burgués, un elemento que no tenía esa pertenencia, sino que era parte del campo de la lucha entre las clases opuestas.

Recuperadas esas banderas fue fácil ver el inmenso efecto movilizador que tenían. La originalidad consistió en interpelar ideológicamente a todo un pueblo alrededor de las banderas de la unificación nacional, utilizando esa interpelación como unificadora de los

objetivos populares de un pueblo y los objetivos de clase de la clase obrera. Es decir, se integraron a un solo discurso democrático, objetivos populares y socialistas, pudiendo presentarse al socialismo como la culminación de todo un proceso de avance democrático del pueblo. Ello permitió por ejemplo construir el ejército revolucionario sobre la base del campesinado.

Era todo esto "populismo" metido de contrabando en la ideología marxista? No, era en cambio el reconocimiento de la especificidad del campo de la lucha democrática y popular (repetimos, no necesariamente de mocracia debe ser confundida con parlamentarismo), que abrió la posibilidad de transformar a las fuerzas revolucionarias en ideológicamente hegemónicas y aislar a la burguesía, presentando al socialismo y no a la revolución democrático-burguesa como la culminación del desarrollo del pueblo chino, integrando a un discurso socialista, toda una multitud de tradiciones nacionales y populares progresistas.

Lo que es aplicable a China, también es aplicable a Vietnam. Allí también las fuerzas revolucionarias fueron capaces de monopolizar el lenguaje popular y democrático, a través de una sola interpelación unificadora de los objetivos populares y socialistas: la lucha contra el invasor extranjero. Esta lucha democrática fue privilegiada por sobre los objetivos socialistas, permitiendo atraer hacia las posiciones de la clase obrera a todas las capas explotadas y subordinadas. Un discurso reduccionista y sectario hubiese aislado a los sectores revolucionarios. Reformismo? No, también es la realización de la especificidad del campo de la lucha popular y democrática y el reconocimiento de que sí la clase obrera desea ser hegemónica, debe fusionar en un solo lenguaje objetivos populares y socialistas. Desde el momento en que el objetivo popular más querido era la lucha con

tra el invasor, si la clase obrera es capaz de conducir esa lucha, interpelando ideológicamente alrededor de esa consigna a otras clases, las atrae hacia sus posiciones, ya que el socialismo aparece como la culminación natural de todo un proceso de desarrollo democrático.

Veamos también el caso cubano. Una excesiva simplificación del proceso cubano tiende a presentarlo muchas veces como la acción de un grupo de "valientes idealistas" que descendió mágicamente de la Sierra Maestra a tomar el poder, derrotando al ejército regular de Batista y que para evitar la intervención norteamericana ocultó los objetivos socialistas bajo banderas de consignas liberales. Un análisis de este tipo olvida que la represión Batistiana costó 20.000 muertos, la mayor parte de ellos en las ciudades. Es decir, que fue un fenómeno de masas. Se olvida que en apoyo de Fidel, acudieron no sólo la clase obrera, sino también el campesinado e importantes sectores pequeño-burgueses como gran parte de la intelectualidad. En el proceso cubano, se fusionaron en un proceso ininterrumpido los objetivos socialistas y los objetivos populares de todo un pueblo, movilizado en torno a consignas de recuperación de los valores nacionales. Cinismo revolucionario? Aprovechamiento tético de una situación momentánea? No, la intuición genial de la especificidad movilizadora a nivel ideológico de los elementos democráticos de la cultura popular, de la necesidad de evitar el aislamiento de la clase obrera fusionando el discurso socialista con los elementos nacionales. Esta es la manera de convertir en hegemónica a la clase obrera, recuperando de la burguesía elementos que nuestros errores han contribuido a regalarles.

Cuando Fidel va haciendo la Reforma Agraria, aparentemente va realizando una contradicción. Va convirtiendo propietarios, es decir, corriendo el peligro de

transformar a campesinos en otra clase social. Sin embargo, se da cuenta que la tierra, es el objetivo popular más deseado por esa clase y que para ganar su apoyo, la revolución triunfante debe considerar sus intereses específicos. Este elemento, en otro contexto, podría cumplir objetivos no revolucionarios, pero integrado a un discurso socialista y articulado a una práctica de transición socialista, cumple un objetivo revolucionario. Es la fusión entre objetivos populares y socialistas, bajo la sobredeterminación de éstos últimos, lo que permite otorgarle un definido carácter progresista. Posteriormente, con la revolución ya consolidada, habrá tiempo y oportunidad de hacer una segunda reforma agraria. Pero sin esta primera etapa, en la que la revolución interpeló a esos sectores, sobre la base de objetivos populares y democráticos no habría habido esta segunda. Si la revolución no hubiese reconocido la capacidad movilizadora de masas de estos elementos, y hubiese mantenido un discurso sectario, reduccionista, la revolución posiblemente no hubiese conseguido ese apoyo, y el imperialismo habría conseguido derrotarla.

El mismo rol cumplen todas las interpelaciones de los valores nacionales, principalmente el desarrollo de la figura de Martí. La Sierra Maestra y la revolución son presentadas en ese sentido como la culminación de todo un proceso, cuyas raíces están en la misma historia de Cuba, permitiendo arrancar las figuras queridas de los padres de la patria, de la falsificación de que habría sido objeto por partes de la burguesía. Es decir, una sola interpelación unifica a todo un pueblo, fusionando sus tradiciones democráticas, su cultura popular y el anti-capitalismo de la clase obrera. Si la revolución tomó el curso socialista, fue porque esta última (la clase obrera) se transformó en hegemónica, integrando a sus posiciones a todas las capas explotadas y subordinadas, arrancándoles de la dominación ideológica de la burguesía.

Esa hegemonía fue lo que produjo el carácter objetivo de vanguardia de la clase obrera, y ello pasó por el reconocimiento del carácter movilizador de esas interpelaciones.

Esta situación queda aún más clara cuando pensamos en el fracaso del "foco guerrillero" en otras partes de América Latina. En no poca medida ello se debe al trasplante mecánico a través de esa simplificación a la que hacíamos referencia. Se pretende trasladar el instrumento (la guerrilla) sin transplantar las condiciones de existencia de esa revolución, es decir, la fusión entre objetivos populares y socialista. Ello permite, que al reducirse el foco al aspecto puramente militar, y al lograr la burguesía aislarlo de un apoyo nacional de masas, sea el foco extirpado por las fuerzas represivas del imperialismo y las burguesías nativas.

Si este elemento de la interpelación popular y democrática ha estado presente en circunstancias de revoluciones socialistas triunfantes, también ha estado presente en situaciones de revoluciones no-socialistas, ya sea de revoluciones exclusivamente anti-imperialistas o en frentes anti-fascistas, pero en ambos casos esta fusión entre objetivos populares y fuerzas progresistas a través de estas interpelaciones democráticas, ha cumplido un rol claramente progresista al aumentar grandemente el poder y la influencia de la clase obrera al interior de esas formaciones sociales.

Tomemos el caso de Argelia. En la lucha en contra del colonizador francés, las fuerzas revolucionarias interpelaron a todo un pueblo sobre la base de su cultura popular y sus tradiciones democráticas, creándoles de esa forma una identidad que no existía: la de nación. La tradición a la que apelaron fue la del Islamismo, que tomado aisladamente es quizá la más pasiva y reaccionaria de las religiones, pero que ar

ticulado a una práctica revolucionaria permitió el triunfo, y por lo tanto asumió el carácter de instrumento progresista. Es decir, una ideología reaccionaria fue transformada en progresista, a través de la fusión entre objetivos populares y democráticos, permitiendo comprobar una vez más que las ideologías sufren un proceso de transformación, no por la adscripción arbitraria de una pertenencia de clase, sino por la articulación a través de una práctica concreta de la lucha de clases.

Lo mismo sucede en Italia. El Partido Comunista Italiano, desde su fundación y debido a la conducción sectaria de Bordiga y otros, se plantea con un "purismo" revolucionario que lo hace caer en todos los errores del período ultra-izquierdista de la Comintern, incluyendo la caracterización de la social-democracia y el fascismo como "primos-hermanos", y la necesidad de no hacer a este último el enemigo fundamental, sino que antes era imprescindible derrotar a la social-democracia. A un proceso de recuperación iniciado bajo la dirección de Gramsci, Togliatti le dará una expresión orgánica, y desde Moscú durante la guerra a través de las transmisiones de Radio Milano, articulará todo un proyecto fusionado en una sola interpelación objetivos anti-fascistas, socialistas, populares y democráticos. La interpelación unificadora es en este caso la recuperación de los valores nacionales, que habían sido un elemento determinante en el ascenso del Fascismo. Como estas tradiciones eran progresistas, fundamentalmente centradas en la figura de Garibaldi, la recuperación de esos valores, permite la transformación de la resistencia en un movimiento gigantesco de masas sobre la base de estos valores nacionales y entre cuyos éxitos está el fusilamiento del mismo Mussolini. Los grandes temas del PCI son incomprensibles fuera de ese contexto ideológico. Sin hacer referencia a esto no podemos explicar su éxito actual y el objetivo aumento de la influen-

cia de la clase obrera al interior de la formación socio-económica italiana.

Adonde apuntan todos estos ejemplos?

A la necesidad de reconocer que los elementos ideológicos, tomados aisladamente no son la propiedad de movimientos políticos, sino que lo único que le otorga pertenencia de clase, es la articulación concreta de estos elementos a un discurso y a una práctica de la lucha de clases. Ello pasa por el convencimiento por parte de la vanguardia de la necesidad de fusionar objetivos socialistas y populares, reconociendo la especificidad movilizadora de la interpelación democrática y popular y por la necesidad de desarrollar una correspondiente teoría al respecto. Ello pasa también por el reconocimiento por parte de la clase obrera y sus expresiones políticas de considerar a esta interpelación como el campo fundamental para atraerse a los sectores intermedios entre ella y la burguesía, como el campo de lucha ideológica fundamental entre ella y la burguesía en las formaciones sociales capitalistas por la hegemonía ideológica. Ello pasa por último, por la recuperación histórica de elementos culturales populares y conquistas democráticas que son parte de la clase obrera o de sus luchas, y que una práctica equivocada les ha otorgado una errada pertenencia burguesa, quizá uno de los elementos más importantes en el logro de su dominación ideológica por parte de la burguesía.

5.- Conclusiones.

Hemos dicho que la lucha de clases a nivel ideológico consiste en buena medida en el esfuerzo por articular las interpelaciones populares y democráticas a los discursos ideológicos de las clases antagónicas. La interpelación popular y democrática no siempre aparece con un contenido de clase preciso, sino

que constituye el campo por excelencia de la lucha ideológica de clases. Toda clase lucha a nivel ideológico, a la vez como clase y como pueblo, o mejor dicho, intenta dar coherencia a su discurso ideológico presentando sus objetivos de clase como consumación de los objetivos populares.

Para ser hegemónicas en las sociedades capitalistas, estas interpelaciones deben formar parte esencial del discurso político e ideológico de la clase obrera, ya que desde un punto de vista socialista, los períodos de mayor enfrentamiento revolucionario, no son aquellos en que la ideología clasista se ha presentado en su mayor purismo, sino aquellos en los que la ideología socialista ha adquirido una fusión completa con la ideología popular y democrática, aquellos en que la ideología proletaria ha conseguido absorber todas las tradiciones nacionales y presentar a la lucha anti-capitalista como culminación de las luchas democráticas y al socialismo como el denominador común de esta ofensiva total en contra del bloque dominante.

Esta es la tarea que tiene ante sí la izquierda chilena. Para ello un acuerdo público y superestructural con la DC no nos parece que sea el instrumento más adecuado. La tarea para la izquierda chilena es conducir el proceso de convergencia unitaria que se está produciendo en el país. Para ello los símbolos democráticos deben colocarse en el centro de nuestro discurso ideológico. Por ahí pasa la posibilidad de que la clase obrera se convierta en hegemónica. En esta etapa la lucha por el socialismo y la lucha por la democracia van íntimamente ligadas.

Un eventual acuerdo con la DC sólo puede ser el punto de llegada y no el punto de inicio de un proceso de convergencia unitaria. En ese sentido ellos en sus documentos han fijado en cierto modo al decir no a

los acuerdos a nivel de dirección y sí a ciertas acciones unitarias concretas. Esa pensemos debe ser también la estrategia de la izquierda a través de un proceso de convergencia en torno a acciones concretas. Ejemplo de lo ya hecho son las acciones realizadas en el campo sindical y en el de los derechos humanos.

La discusión en torno a la eventualidad de un pacto con la DC, sólo puede ser un reemplazante temporal y limitado, para la tarea que la izquierda debe obligadamente acometer: la revalorización de la democracia en su discurso político. No hay contradicción entre objetivos socialistas, democráticos, nacionales y populares. Hay que entender que el fascismo no es un paréntesis. Ha realizado cambios estructurales a la sociedad chilena. Nada sacamos con modificar las superestructuras sin destruir las condiciones que pueden volver a recrearlo. La forma más duradera para combatirlo es crear un amplio consenso nacional al respecto. Un paso ya ha sido indicado: la reevaluación de nuestra historia y tradiciones. El segundo es plantear un programa que sea a la vez integrador y diferenciador. Integrador para construir la hegemonía y un amplio consenso. Diferenciador en torno a las características de regiones y de los diversos grupos y minorías nacionales que garantice el respeto a sus distintos "modos de vida".

Si hablamos de un proyecto histórico para los sectores medios, desde ya hay que definir el tipo de sociedad que queremos y no dejarlo para un futuro indefinido. De otra manera, importantes sectores seguirán desconfiando de nosotros. Sólo así cualquier alianza tendrá un valor que no es el de mero oportunismo. Con la nueva realidad creada por el fascismo, es necesario que aprendamos a valorar lo que encierran expresiones como la de "humanismo cotidiano", que pueden ser el punto de partida para una convergencia de carácter estratégico entre creyentes y no creyentes

hacia un socialismo no sectario, sin apellidos. Los derechos humanos, sociales y políticos deben plantearse ya hoy, no sólo como un elemento de unidad anti-fascista, sino también como el fundamento de la sociedad socialista en la que pensamos.

Nuestros planteamientos deben tender a la hegemonía y no a la dominación. Para ello debemos definir desde ahora el tipo de sociedad que queremos. Al igual que lo hace la burguesía donde es hegemónica, el socialismo debe integrar puntos de vista dispares pero no contradictorios, en una articulación común. Debemos rescatar todas las ideologías populares y progresistas, tengan el origen que tengan, aunque éste sea religioso. De esta manera, el socialismo y no el sistema democrático-burgués podrá aparecer como la culminación de toda una historia de desarrollo nacional.

En nuestros planteamientos hacia los sectores medios, la verticalidad debe ser reemplazada por un esfuerzo para revisar su rol histórico y reconocer sus aportes a la evolución del país. Las formas dominantes en que se desarrolló la política chilena hasta 1970 están influidas por sus valores al igual que la institucionalidad de la Tercera República que va desde 1925 a 1973. Debemos autoconvencernos que el respeto a sus intereses es más conveniente que el intento de proletarizarlos ideológicamente.

Nuestro discurso tampoco puede limitarse a la clase obrera y a los sectores medios. Si proponemos discursos paralelos para cada uno de estos sectores, dadas sus diferencias específicas, también debemos hacer un esfuerzo para integrar -desde el punto de vista de sus intereses concretos- a otros dos sectores importantísimos: el campesinado y los llamados marginales. En el caso del campesinado ello pasa por lo que más desean; la propiedad de la tierra (11).

Neutralizar la ligazón de cualquier capa social al bloque burgués es avanzar en la hegemonía. Esta no es exclusión, sino lo contrario: la aceptación e integración de los aportes de otras ideologías, sean humanistas, cristianas, o socialistas no-marxistas. (12)

Hemos hablado de priorizar las acciones comunes a ni vel de base social, ya que son ellas las que crearán las condiciones para acciones comunes en la dirección de la DC, si es que éstas llegan a producirse. Como conclusión final es necesario señalar que para asumir la dirección de un movimiento unitario de convergencia en la base social de Chile es imprescindible recuperar la confianza en nuestras propias fuerzas como condición para superar esta dramática situación de raflujó en la que nos encontramos.

NOTAS

- 1.- Carlos Altamirano. Dialéctica de una Derrota. S. XXI, México, 1977, p.275.
- 2.- Ver su artículo en Chile-América. 39-40 1978.
- 3.- Altamirano, op.cit., p. 98.
- 4.- Chile Hoy 4/13 Julio 1972.
- 5.- Chile Hoy 14/15 Septiembre 1972.
- 6.- Altamirano, op.cit. p.99.
- 7.- Chile Hoy. 62/17 Agosto de 1973.
- 8.- Chile Hoy. 64/31 Agosto 1973.
- 9.- El Mercurio, Ed. Internacional, Sept. 1973.
- 10.- Ernesto Laclau, ver Fascism and Ideology, Inglaterra, 1976. El esquema teórico que se presenta en este artículo descansa en gran medida en Laclau.
- 11.- Por consideraciones de espacio y de unidad expositiva no hemos tratado el problema de la actitud de la izquierda frente a campesinos y capas "marginales". Sólo nos hemos limitado a mencionarlos.
- 12.- Agradecemos los valiosos comentarios de Gerardo Ojeda Ebert a este trabajo. Algunos de sus comentarios fueron integrados a nuestras conclusiones.